

El pudor frente al poder

TEXTO: ENRIQUE BERRUGA FILLOY

El Zócalo de la Ciudad de México resultará inolvidable para el fotógrafo neoyorquino Spencer Tunick. La asistencia de modelos desnudos más que triplicó el récord anterior, establecido en Barcelona. A la cita de esa madrugada, asistieron 18 mil personas. Tres cuartas partes de hombres y una cuarta parte de mujeres. Ni modo, seguimos sin encontrarle la cuadratura al asunto de la equidad de género.

Para equilibrar los cartones, se le ocurrió al buen Spencer que las damas se merecían una foto aparte. Mientras se acomodaban como les indicaba el fotógrafo, los caballeros se apresuraban a vestirse –no los fueran a ver desnudos–. Ya con sus partes ocultas, sacaron cámaras de bolsillo y celulares con capacidad fotográfica. Esta ya era una posición de desventaja para las chicas. Pero encima vinieron las bromas y las leperadas. Fue entonces que ellas, con razón, cobraron conciencia de su desnudez. No estamos hablando de falta de ropa, sino de vulnerabilidad. Estaban sujetas a la mordacidad, al escrutinio, de quienes ya se habían tapado sus *vergüenzas*, como solía llamar mi abuelita a las zonas más ocultas de la anatomía humana. Aflovió en todo su esplendor el pequeño voyeurista que todos traemos dentro. Pero ante todo y tristemente, mostró falta de solidaridad humana. Si se trataba en el fondo de dejar un testimonio fotográfico de liberación frente a los convencionalismos, de rechazo a los tabúes más socorridos, cuesta trabajo imaginar por qué los hombres que también se desmañaron, se quitaron la ropa y posaron frente al lente del artista neoyorquino, cambiaron de actitud tan rápido como se sube la cremallera de un pantalón.

Lo más penoso del asunto es que la reacción masculina fue espontánea. Así les salió, sin montajes ni coreografía previamente acordada. ¿A cuento de qué venía burlarse de ellas por lo mismo que ellos estaban haciendo unos minutos atrás? Ello implica que los tabúes, aún entre los supuestamente más aliviados, parecen formar parte de un código cultural profundamente enraizado, al parecer inescapable.

El segundo aspecto inquietante, más que inquietante absurdo, fue el hecho de que las fotografías no pudieran tomarse más que del costado oeste del Zócalo donde no se encuentra ninguna representación del poder eclesiástico o político. Los desnudos tenían que

darle la espalda a Palacio Nacional, el hombro derecho a la Catedral y el izquierdo a la sede del gobierno capitalino. Ello explica en parte que las tomas se hicieron a hora tan temprana. Se buscaba evitar que cuando el sol saliera por encima de Palacio Nacional la luz no le diera de frente al lente de la cámara de Tunick.

Desde un punto de vista artístico, el pudor que mostraron los poderes resultó un accidente benéfico. Las placas tienen un fondo espléndido con la arquitectura de Palacio Nacional. Pero a la vez no deja de ser un mensaje paradójico de los poderes hacia la sociedad desnuda; lo tolero, lo permito, pero no lo avalo. Creo que tanto la Iglesia como el Gobierno estarán de acuerdo en que en nuestra bella ciudad capital hay giros bastante más preocupantes que el ejercicio colectivo de desnudarse para la posteridad. A fin de cuentas cientos de muros en iglesias y en palacios de gobierno muestran senos al aire, ángeles envueltos en velos vaporosos, imágenes de la justicia desnuda y vendada de los ojos. Sería descabellado pensar que esos modelos, véase la misma Capilla Sixtina, salieron de la imaginación de quienes los pintaron.

Pero en fin. Así es este asunto de la libertad. Va lenta, pero afortunadamente con paso seguro. Resulta inimaginable suponer que incluso en los momentos más explosivos y radicales de la Revolución Mexicana, no sé, los hermanos Flores Magón o Mariano Azuela hubiesen alentado el desnudo más masivo de la historia (documentada). La foto de Spencer, para la historia, tuvo lugar durante el período de un gobierno de tendencia conservadora. ¿Será que los conservadores de hoy son más liberales que los liberales de ayer? Se me ocurre que Pancho Villa sí habría dado su beneplácito, se habría tomado una foto encuerado en la Cantina de la Ópera. Estoy casi seguro que mi general lo habría disfrutado enormemente. Sobre todo si la proporción de féminas hubiera sido tres veces superior a la de los hombres. Al revés de lo acontecido en el Zócalo. •

ENRIQUE BERRUGA FILLOY

Ciudad de México, 1959. Diplomático de carrera y novelista. Ex embajador de México en la ONU. Su libro más reciente es *Propiedad ajena*.